

W.H. Auden
(1907-1973)

RIMBAUD

Los túneles, las noches, el cielo amenazante,
sus horribles amigos ignoraban que el lío
falaz de la retórica reventó en este infante
como una tubería: lo hizo poeta el frío.

Su blando amigo lírico le pagaba los tragos
y sus cinco sentidos todo el tiempo alterados,
a todos sus dislates dieron por terminados;
hasta que de la lira dejó los logros vagos.

El verso, una especial dolencia del oído,
pues no era suficiente la honradez; parecía
de la infancia el infierno: a empezar desde cero.

Ahora, galopando por África quería
tener un nuevo yo, un hijo, un ingeniero,
su verdad aceptable para hombres que han mentido.

¿OH, QUÉ RUIDO ES AQUEL...

¿Oh, qué ruido es aquel que hiere el oído
retumbando en el valle, redoblando?
Son soldados, querida, ese es el ruido,
son soldados marchando.

¿Esa luz que veo, qué habrá sido
a lo lejos, que fulge tan brillante?
El sol sobre sus armas, encendido
mientras van adelante.

¿Por qué tan de mañana hacen tal ruido,
a qué obedece ahora tanta urgencia?
Las maniobras de siempre, lo he advertido,
o quizá una advertencia.

¿Oh, por qué del camino se han salido,
y, de pronto, su rumbo están cambiando?
Contraórdenes quizá, eso habrá sido,
¿te estás arrodillando?

¿Sus caballos por qué no han detenido.
delante de la puerta del doctor?
Entre ellos no hay ninguno herido,
nadie siente dolor.

Tal vez buscan al cura envejecido,
quizá al párroco quieren encontrar,
querida, aunque de largo se han seguido,
¿lo irán a visitar?

Al granjero querrán, que aquí ha vivido,
al taimado granjero persiguiendo.
Dejan atrás la granja, ya se han ido
y ahora van corriendo.

¿A dónde vas? Quédate, no me he ido.
Tus promesas me estaban engañando.
No; lo prometí, amor, yo te he querido,
aunque hoy me esté alejando.

La cerradura y la puerta están rotas,
en el portón rondando van, rondando;
qué pesadas sus botas,
sus ojos relumbrando.

PERO NO PUEDO

No diré nada el tiempo, mas yo te lo diré,
no sabe el tiempo el precio que debemos pagar;
si pudiera decírtelo te lo haría saber.

Si lloramos viendo al payaso aparecer,
o si trastabillamos al músico tocar,
no diré nada el tiempo mas yo te lo diré.

Dado que no hay presagios ahora que prever,
porque yo te amo más de lo que sé expresar,
si pudiera decírtelo te lo haría saber.

De algún lugar los vientos provienen al correr,
y por algo las hojas se deben marchitar;
no diré nada el tiempo mas yo te lo diré.

Quizá quieren las rosas de veras florecer,
la visión seriamente intenta perdurar;
si pudiera decírtelo te lo haría saber.

Supón: van los leones a desaparecer
y todos los arroyos y soldados huirán;
¿no diré nada el tiempo mas yo te lo diré?
Si pudiera decírtelo te lo haría saber.

CANCIÓN DE CUNA

Apoya, amor, tu cabeza dormida
humana sobre mi brazo infiel;
el tiempo y las fiebres consumen
la belleza individual de
los niños pensativos, y la tumba
prueba que el niño es pasajero:
pero hasta que amanezca, entre mis brazos,
deja que yazga la criatura viva,
mortal y culpable, mas para mí
completamente hermosa.

Cuerpo y alma desconocen los límites:
a los amantes, cuando yacen sobre
su tolerante ladera encantada
en su habitual desmayo,
grave la visión les envía Venus
de simpatía sobrenatural,
esperanza y amor universales;
mientras una intuición abstracta
provoca entre peñascos y glaciares
el éxtasis sensual del ermitaño.

Fidelidad, certeza
al repique de medianoche pasan
como la vibración de una campana,
y locos a la moda elevan
su grito pretencioso y aburrido:
cada centavo del importe,
y las temidas cartas del presagio
se pagarán, pero desde esta noche
ni un susurro, ni un pensamiento,
ni un beso o mirada se perderán.

Belleza, medianoche, visión mueren:
deja que soplen los vientos del alba,
en torno a tu cabeza soñadora
y el corazón y el ojo palpitantes bendigan
un día así de dulce bienvenida,
y encuentre el mundo mortal suficiente;
mediodías de estiaje te verán
por poderes nutrirte involuntarios,
noches de insulto te dejan pasar
vigilada por todo amor humano.